

La importancia de la tecnología y el tecnologizar en la profesión bibliotecaria

Lic. Sandra Fabiana Arónica
Universidad Nacional de Córdoba

Cuando desde la revista me propusieron participar con mi opinión referida a la importancia de la tecnología en la profesión bibliotecaria, no pude evitar pensar en el rol necesario que la tecnología ha adquirido en todas las profesiones. Desde mitad del siglo XX a esta parte la tecnología, especialmente las tecnologías de la información y la comunicación (comúnmente denominadas TIC), han evolucionado de tal forma que en la actualidad están involucradas en todos los aspectos de nuestra vida cotidiana, hecho que se ha profundizado aún más durante el último año de pandemia mundial.

Toda la sociedad está transitando profundos cambios en torno a las TIC, y las bibliotecas no quedan al margen de lo que algunos autores llaman “la sociedad de la información y el conocimiento” y el lugar casi monopólico de acceso a la información que otrora tuvieron las bibliotecas, hoy ya no es tal. Cualquier persona que tenga un teléfono inteligente en sus manos está a solo un click de acceder a un volumen de información tal que la capacidad racional limitada de su humanidad no le permite procesar. Es que una tecnología en particular: Internet, cambió totalmente los paradigmas de gestión de la información y todas las profesiones, pero en especial las que están íntimamente relacionadas con la gestión de la información, son las que se han visto más fuertemente afectadas por este fenómeno.

Si pensamos en una biblioteca, románticamente viene a nuestra mente la imagen de un lugar silencioso con estanterías colmadas de libros a los cuales podemos acceder solo con la ayuda personal de un/a bibliotecario/a, sin embargo en la actualidad, el conocimiento no solo está en los libros o recursos físicos, por lo tanto, las necesidades y las formas de acceso a la información de la sociedad también ha cambiado. Los múltiples soportes en que se encuentra actualmente la información, requieren que para acceder a ella necesariamente debamos utilizar un artefacto tecnológico mediador, por ejemplo: una videocasetera, un televisor, un reproductor de CD o DVD, una computadora, una Tablet, un teléfono o cualquier otro dispositivo de los tantos que van quedando atrás de las prácticas sociales. Por lo tanto, si realmente quisiéramos satisfacer las necesidades informacionales de los usuarios de la biblioteca, no solo deberíamos proveer el acceso a la información contenida en los distintos tipos de unidades de almacenamiento, sino también, conocer perfectamente el funcionamiento y uso de los dispositivos que permiten ese acceso. Algunos soportes tecnológicos se vuelven obsoletos, por lo tanto, se tendrán que gestionar los medios para preservar el acceso a esa información a lo largo del tiempo, algo que “la digitalización” y “la nube” han venido a solucionar en cierta medida. Lo cierto es que todo cambio en los formatos en que se presenta la información, tiene un impacto directo en las prácticas bibliotecarias y en las formas en que esta información debe ser gestionada, cuestiones que los profesionales de la información tienen que revisar constantemente y para lo cual, necesariamente tienen que estar actualizado/as y capacitado/as.

Pero Internet no solo modificó el acceso y la gestión de la información, también modificó las formas de comunicación entre las personas. Los e-mails, los blogs, las páginas web, las redes sociales y las aplicaciones de mensajería, (sin mencionar los estados y las videos llamadas que en época de pandemia resultan ser los medios de comunicación grupal preferidos), han cambiado la forma en que nos relacionamos socialmente, y los usuario/as y bibliotecario/as no quedan al margen de este fenómeno. Los servicios bibliotecarios (y las formas en que se brindan, gestionan y controlan) también se han visto afectados y presentan un sin número de desafíos de la mano de la tecnología, porque implican cambios (a veces muy radicales) en el trabajo diario del bibliotecario/a, en las herramientas que se utilizan, en cómo administra su tiempo y el contexto físico que utiliza para trabajar.

Este tema, tiene un trasfondo mucho mayor, que tiene que ver no solo con el acceso a la información, sino también, con su propiedad, usos y manipulación, que sin dudas da para profundizar en otra oportunidad. Lo que quiero resaltar aquí es que la desmaterialización del libro, la pérdida del monopolio al acceso a la información y la importancia que ha tomado la tecnología en las relaciones sociales no presenciales confluyen para que los profesionales bibliotecario/as, tengan que familiarizarse en el manejo de herramientas informáticas y dispositivos (que quizás son de uso personal, cotidiano y no laboral), necesarios para llevar a cabo su trabajo y cumplir su nuevo rol en la sociedad, ya que prácticamente son los mismos medios con los que conviven diariamente sus usuarios para acceder la información.

Entiendo que actualmente las bibliotecas se definen mejor por los servicios que sus bibliotecario/as brindan a los usuario/as, que por los contenidos que poseen en sus estanterías (físicas o virtuales). Este cambio (casi mental) de cómo se concibe a la biblioteca y qué significa para sus integrantes y para la comunidad a la que pertenece, tiene un gran impacto en los espacios físicos que se organicen y se utilicen puertas adentro, en las formas en que las personas van interactuar, en los tipos de servicios que se brinden y el “tecnologizar” que construyan junto a su comunidad.

Muchas personas, entre las cuales me cuento, vamos (o recurrimos virtualmente) a las bibliotecas a utilizar recursos que no disponemos en otro lugar. Este rol de “facilitadoras” que siempre han tenido, hoy se ve transformado por la tecnología, los dispositivos y el acceso a Internet. Muchos autores definen a las bibliotecas como un “lugar social”, que en la actualidad, lejos de ser silencioso y con paredes repletas de libros, se transforman en un “espacio” (físico o virtual) que permite distintas formas de relacionarse con el conocimiento y con los miembros de la comunidad de la que forman parte.

Mucho se habla de “tecnologizar” los espacios bibliotecarios, es decir, transformarlos en espacios físicos y/o virtuales en los cuales fluyan y se construya el conocimiento con sucesivas interacciones de diferentes tipos. Para esto, en un mundo en donde cada vez es más común el trabajo colaborativo en línea, el acceso a recursos digitales, las aplicaciones de e-learning y la interacción social mediada, no solo es necesario contar con espacios físicos que nos faciliten relacionarnos con las tecnologías, con otras personas y con “el saber”, sino que además, es necesario que los profesionales a cargo de estos espacios tengan conocimientos y habilidades en el manejo de la información “en cualquiera de sus formatos”, y esto incluye el manejo de la tecnología, porque no pueden ceder su rol facilitador de acceso al conocimiento a otras profesiones con un perfil más tecnológico o a robots con inteligencia artificial, sino que con criterios humanos y sociales tienen que estar

preparados para trabajar interdisciplinariamente con ellos. Actualmente la información que necesitan los usuario/as puede venir de múltiples fuentes, del libro de tapas duras de la estantería, del contenido publicado en YouTube, de un artículo académico de una publicación digital y/o del comentario que realizó un profesor de la comunidad que quedó registrado en la página web de la institución, por lo tanto, para cumplir eficientemente el rol de “alfabetizar” en el tema informacional, (enseñando y facilitando la búsqueda, selección y uso de la información en el formato que se encuentre), implica cada vez más dominar y/o especializarse en algún área de las llamadas “humanidades digitales”.

Tecnologizar las bibliotecas no solo implica aspectos materiales como incorporar tecnología para automatizar los procesos, también implica cuestiones humanas como brindar nuevos servicios en los cuales las TIC tienen una gran participación, en los cuales la relación usuario/bibliotecario esté mediada por la tecnología o quizás directamente “construida” digitalmente. Implica gestionar recursos materiales, relacionados con nuevos espacios de trabajo colaborativo con equipos y recursos tecnológicos adecuados para esta forma de interactuar socialmente, y recursos inmateriales, que implican una gran gama de servicios, espacios y relaciones virtuales, que cambian el sentido del tiempo y del espacio humano, ya que pueden ir más allá de un horario de trabajo y/o se pueden realizar desde cualquier ubicación física e incluso, desde múltiples ubicaciones en línea a la vez. Cuando la tecnología llegó a las bibliotecas, no había computadoras en los hogares, (mucho menos Internet) y existía una división nítida entre lo laboral y lo personal. En aquel momento no parecía necesario un cambio de mentalidad para usar la tecnología, se tenía el control sobre los contenidos y se podía regular el ritmo de preferencia para la adopción tecnológica y el tipo de comunicación a utilizar. Esos tiempos quedaron atrás, y aunque hace relativamente pocos años de esto, la adopción cotidiana de Internet, el acceso universal de la información, la diversidad de medios y contenidos abiertos disponibles, la facilidad que brindan los buscadores y la tecnología móvil para acceder a la información, así como la comodidad que brindan para multiplicar las instancias de comunicación, hacen imprescindible, primero, un cambio de mentalidad ante el uso de la tecnología y luego, un replanteo del importante rol que los bibliotecarios cumplen en la sociedad actual ante las múltiples necesidades informacionales que presenta la comunidad a la que pertenecen.

Lic. Sandra Fabiana Arónica

Prof. Adjunta Cátedra: Introducción al procesamiento electrónico de datos.

Escuela de Bibliotecología

Facultad de Filosofía y Humanidades

Universidad Nacional de Córdoba